

Palimpsesto

Abril de 1990

Y o llamaría a estas anotaciones palimpsesto, por varias razones. El hecho de que este cuaderno recoja impresiones distintas, observaciones al paso, que luego trate o no en otra parte, puede hacerme pensar que hay algo inmediato en ello, algo primero; pero no es así: toda escritura es en realidad una reescritura, todo habla, un hablar sobre otra habla; debajo de cualquier palabra hay otra palabra, y en cualquier huella de la vida, si levantamos un poco su rugosidad, podemos percibir otra huella, otros signos, una presencia otra. La raíz griega *palín* significa «otra vez», y sesto viene de *psao*, borrar. Así que éste es un cuaderno de borrar y volver de nuevo, y al mismo tiempo, por hacerle un poco de caso a Heráclito, de no volver jamás, pero en vez de entenderlo con tristeza podemos sonreír con Demócrito. Hay aguas a las que es mejor no volver. *Palimpsesto*, tablilla de escribir y de borrar, de pensar y contar en voz alta, pero también de pensar en voz baja. Escribir mis palabras que son, en puridad, las palabras de otro, el que escribe, el que borra, el que escribe lo borrado, el que, al borrar, intuye que esas palabras volverán, de otra forma, sobre la tablilla móvil de los días. A veces, el papel del cielo que cantó Góngora; en otras, el asfalto de grasa y polvo de nuestras calles; en otras más, el cuarto de hotel de la ciudad extranjera o la biblioteca *qui toujours recommence*. Sin embargo, dejaré palimpsesto como nombre de algún fragmento y recobraré el inicial: *al aire de la página*^{*}. Es más sencillo, más leve y, tal vez, algo engañoso, pero enlaza con el verso de Góngora y, también, cómo no verlo, indica que esa página es la del tiempo, etcétera.

^{*} El presente artículo es parte de un diario, titulado *Al aire de la página*.

26 de julio de 1990

Sí, escándalo del aire. Hace algunos años se decía que los españoles hablábamos muy alto, que hacíamos demasiado ruido. Como se recordará, el poeta León Felipe dio una explicación, algo grandilocuente, a esta necesidad o costumbre española de hablar alto, por lo demás muy similar a la que se permiten los alemanes, suecos o ingleses cuando están fuera de su país. A esta peculiaridad física y metafísica del español, inmemorial al parecer, ha ido sumándose algo no muy distinto: una plural amplificación mecánica, una prótesis escandalosa. Estoy queriendo decir que hemos convertido a nuestras ciudades, Madrid sobre todo, en un verdadero escándalo del aire, por utilizar la bella metáfora que Calderón de la Barca aplicó al sonido de la pistola, al pistoletazo.

Ya no es que voceemos el descubrimiento de América —sí, descubrimiento—, o que gritemos nuestra herida y éxodo civil al final de la última cruzada o guerra fratricida; ahora, en tiempos menos aventureros y más pacíficos, gritamos y hacemos ruido tal vez para no tener conciencia de lo poco que tenemos que decir: es una forma un tanto salvaje de acallar al otro y de acallar al otro que llevamos dentro.

Como ejemplo sólo tenemos que ver la facilidad con la que cualquier automovilista utiliza el claxon, con profunda generosidad sonora a la que suma, cuando ésta le parece poca, la de su propio timbre con colérica salsa de graznidos e insultos; además del placer al que nuestro ciudadano se entrega de utilizar el coche para embotellarse en la primera esquina y allí, cercano ya a su más íntimo delirio, practicar algo de terapia de grupo.

A esto, el español, tan contento con los últimos modelos automovilísticos, tan celoso del turbo que le hace sudar la gota fría cada vez que llega la letra de turno, ha añadido a su coche un dispositivo de alarma (¡como si hubiera pocas!) con lo cual, si un viandante suspira algo más alto a su paso por el vehículo, la alarma se dispara y desgañita por un buen rato. Y a esta alarma se suman las de las tiendas que, con razón o sin ella, ululan como saurios voladores, de día y a cualquier hora de la noche, sin que nadie ni nada pueda silenciarlas.

Nos rige, pues, la teología, no el libre acuerdo entre los hombres; un dios alarmente nos mantiene insomne. Ahora mismo, mientras escribo estas cívicas páginas, dos alarmas, cual sirenas a orillas de mi casa, acompañan el discreto taconeo de mi máquina. Trato de no oírlas, pero, sinestésicas ellas, se aparecen alrededor de la mesa y se inflan como caracolas de papel que quisieran reventar en mis tímpanos.

El español resiste lo que le echen. Es gente de aguantar. Yo creo que todo esto ha de tener una explicación intrahistórica, algo que esté relacio-

nado con la manera de ser del español, un ser (encarnado en sujeto) entregado a los espacios abiertos, a charlas interminables en las tascas, a verse con los amigos en lugares donde puedan oírlo o donde oigan al contertulio en compañía de un coro de voces. Es un español que rehúye quedarse en silencio por miedo, quizás, a oír en sí mismo algo que está más allá de la individualidad. Esto me parece muy propio del español: hablar para no tener que oírse; hacer ruido para evitar oír a los demás. Nuestra aceleración histórica, que puede ser resumida en un par de cosas, el *gay* consumo y la aceptación de la democracia, nos está acercando a la definición tópica de Shakespeare de lo que era la historia, «a tale told by an idiot, full of sound and fury». Vamos, ruido. Después de todo esto que estoy diciendo, es obvio que esta crónica (y planto) por el escándalo aboga por un poco de silencio; no sólo en las calles de nuestra ciudad, y en los coches (ambulancias, incluidas), en nuestras lavadoras y maquinillas eléctricas de afeitarse, en los vibradores de consuelo y en los marcapasos; sino, también, en nosotros mismos, si no es pedir demasiado. No hay que ser taoístas para comprender esto: sin el vacío no hay cántaro, no hay lugar para el agua; sin el silencio entre una palabra y otra, no hay lenguaje; sin pausa entre el uno y el otro no hay ni uno ni otro, sino una sorda continuidad, un entumecimiento de la sensibilidad, la sordera de los sentidos. Así que alcanzo mi imprecación diciendo que ya es hora de que el español hable más bajo. Tenemos que aprender a hablar a la altura del otro, no sobre el otro como si echáramos sobre su paciencia todo nuestros residuos verbales. No son cosas tan trascendentales, como creía el algo enfático León Felipe, las que tenemos que decir, sino las cotidianas, las pequeñas cosas de todos los días, el lenguaje artesano de la historia.

10 de febrero de 1991

¿Es justa esta guerra o injusta? Ésta parece ser la cuestión que mueve a la opinión pública en estos días. Los gobiernos que participan con las fuerzas aliadas han manifestado que es justa; muchos escritores y políticos, también; otros, que han encabezado manifestaciones y han escrito sobre el tema, nos dicen que es injusta y, por lo tanto, condenan al Estado norteamericano de manera visceral y, con menos ímpetu, a Sadam Hussein.

La mayoría de los que han escrito sobre la injusticia de esta guerra son escritores que vienen de una izquierda que ha defendido hasta ayer revoluciones ignominiosas. Ahora reniegan de una civilización que puede declarar la guerra por «intereses económicos» y geopolíticos, además de tratar de salvaguardar con ella el derecho internacional. En cuanto a la justeza de